



Ibarlucía, Rocío. "Reseña bibliográfica: Florencia Bonfiglio y Francisco Aiello (compiladores), *Las islas afortunadas. Escrituras del Caribe anglófono y francófono*". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, julio de 2019, vol. 8, n° 16, pp. 262-265.

**Florencia Bonfiglio y Francisco Aiello**  
**(compiladores)**  
*Las islas afortunadas*  
*Escrituras del Caribe anglófono y francófono*  
**Buenos Aires**  
**Katatay**  
**2016**  
**294 pp.**



Rocío Ibarlucía<sup>1</sup>

Recibido: 03/05/2019

Aceptado: 27/05/2019

Publicado: 05/07/2019

Desde la conquista de América, las islas del Caribe han sido nombradas por discursos extranjeros de manera errónea, con denominaciones como Cipango, Indias, Polinesia, paraíso terrenal, por citar algunos ejemplos. Frente a esos modos hegemónicos de nombrar y de ver, mujeres y hombres antillanos se han propuesto reescribir estos espacios a través de la literatura con el objetivo de recuperar su propio lenguaje históricamente silenciado y contaminado por las cosmovisiones dominantes. También la crítica literaria ha acompañado esta tendencia estética e ideológica de los escritores caribeños. Tal es el caso de *Las islas afortunadas. Escrituras del Cari-*

*be anglófono y francófono*, libro publicado en 2016 que resulta ser una valiosa contribución a los estudios que intentan derribar las imposiciones (neo)coloniales en el Caribe. Sus compiladores, los Doctores en Letras e investigadores argentinos Florencia Bonfiglio y Francisco Aiello, reúnen trabajos sobre los problemas lingüísticos y culturales que aquejan los sistemas literarios caribeños de habla inglesa y francesa desde un enfoque latinoamericanista. En efecto, el principal interés de las investigaciones incluidas en esta obra —en parte surgidas de comunicaciones leídas en el II Congreso Internacional “El Caribe en sus literaturas y culturas” realizado en la Universidad Nacional de Córdoba en el año 2015— radica en el diálogo entablado entre obras literarias y reflexiones teórico-críticas provenientes tanto de los espacios

<sup>1</sup> Profesora en Letras (UNMDP). Becaria de la UNMDP y estudiante de la Maestría en Letras Hispánicas. Contacto: [rocioibarlucia@gmail.com](mailto:rocioibarlucia@gmail.com)

insulares como del resto de Latinoamérica. Para analizar las religaciones de estas dos regiones geográficas, toman y continúan los aportes críticos de César Fernández Moreno y Ana Pizarro,<sup>2</sup> quienes proponen pensar el Caribe como parte de América Latina, sin desconsiderar sus núcleos de densidad simbólica –según la terminología de Ana Pizarro (2002)–, esto es, las particularidades de la región como la trata y esclavitud de africanos.

En el título subyace una operatoria crítica que consiste en nombrar las islas como “afortunadas”. Según la minuciosa explicación de sus compiladores en el prólogo, la fortuna del Caribe es entendida como suerte favorable pero también como desgracia, en tanto son islas generadoras de riquezas a favor de los extranjeros y a costo del trabajo esclavo. Desde esta mirada, *Las islas afortunadas* propone, a través de doce estudios y una entrevista, modificar ese estigma de los espacios insulares al considerar que su mayor fortuna se debe a la variada y profusa producción literaria que ha generado esta región y a sus numerosos reconocimientos internacionales en el mundo de las letras.

La investigadora de la Universidad de Chile Elsa Maxwell da inicio al primer capítulo del libro, dedicado a la fundación de la tradición con un revelador estudio sobre Anne Hart Gilbert y Elizabeth Hart Thwaites, escritoras antiguanas de fines del siglo XVIII y principios del XIX poco estudiadas en comparación con otras mujeres

<sup>2</sup> Tanto el volumen colectivo *América Latina en su literatura* (1972) coordinado por César Fernández Moreno como los ensayos *La literatura latinoamericana como proceso* (1985) y *América Latina. Palabra, literatura e cultura* (1995) de Ana Pizarro plantean la integración del Caribe anglófono y francófono a los estudios latinoamericanos. Otro aporte significativo es *El archipiélago de fronteras externas. Culturas del Caribe hoy* compilado por Pizarro en el año 2002, donde se incluyen trabajos críticos sobre las literaturas del Caribe no-hispánico realizados por investigadores de distintas regiones de Sudamérica.

anglocaribeñas. La autora toma como objeto las cartas de las dos hermanas metodistas puesto que se atreven desde su posición periférica –por ser mujeres negras y caribeñas– a opinar sobre la política regional y cuestionar el sistema esclavista. Siguiendo el análisis de Josefina Ludmer en “Las tretas del débil” y a través de una descripción de las particularidades del género epistolar femenino, Maxwell evalúa las estrategias de las hermanas Hart para posicionarse en el campo cultural y político de Antigua. Asimismo, destaca lo innovador de estas miradas femeninas que participan activamente en la lectura y la escritura de textos reformistas.

Entre los estudios que leen el Caribe desde una perspectiva latinoamericana se destaca el de Florencia Bonfiglio, quien revisa los presupuestos teóricos de Eric Hobsbawm y Edward Said para afirmar con agudeza que la literatura caribeña comparte con la latinoamericana la necesidad de fundar una nueva tradición a través de la reescritura de la historia sin las marcas de la conquista, lo que conlleva la creación de nuevos precursores. Reconoce, así, como precursora relevante de la narrativa anglocaribeña a la tradición estadounidense, por lo general desplazada por la atención dada a la literatura británica. A lo largo del trabajo, examina los cruces entre la obra del novelista de Barbados, George Lamming, y la obra de Herman Melville, Walt Whitman, Mark Twain, entre otros escritores norteamericanos. Las zonas de contacto entre ambas tradiciones se observan en la lengua compartida, el trauma de la esclavitud, el trabajo campesino y la heterogeneidad étnica y cultural.

El retorno a África también adquiere un papel relevante en la tradición literaria caribeña. Este territorio es indagado por Eurídice Figueiredo, cuyo trabajo examina los vínculos que han tenido Aimé Césaire, Maryse Condé, Edouard Glissant y Patrick Chamoiseau con la herencia africana. Cuando ellos migran a África, vislumbran que no son africanos, por lo que su frustra-

ción hace volver su mirada hacia el Caribe. Al igual que otros estudios del libro, la autora brasileña acude a las reflexiones teóricas de Glissant para analizar esta poética del *retour*. Retornar la atención al Caribe obliga a los escritores mencionados a cumplir la función de un arqueólogo, es decir, hurgar en las historias borradas para reconstruir la memoria colectiva del país natal.

En esta misma línea de revisión histórica, la segunda parte del libro reúne estudios sobre novelas del Caribe anglófono producidas por mujeres que reescriben la historia oficial a través de la revalorización de la memoria. En primer lugar, Eugenia Marra aborda los cruces entre la ficción y la historia en *Free Enterprise* (1993), una novela de Michelle Cliff cuya protagonista es una mujer negra que lucha por la abolición de la esclavitud hacia fines del siglo XIX. Por medio de la práctica del *storytelling*, la obra emplea diversas estrategias discursivas para crear un efecto de narración oral y, así, sustituir el discurso colonialista por la oralidad propia de la herencia cultural negra. En segundo lugar, Andrea Montani toma la novela *The Long Song* (2010) de Andrea Levy para observar la problematización de la versión oficial sobre la esclavitud en Jamaica. A fin de evitar ser funcional al poder hegemónico, entrelaza historias orales de personajes marginados en lo político, cultural y económico. En tercer lugar, Karen Poe Lang, a través de un minucioso análisis textual y con aportes del psicoanálisis, estudia en *My Brother* (1997) de Jamaica Kincaid cómo el dolor –a raíz de la muerte de su hermano por sida– puede ser el motor de la escritura hasta convertirse en una forma de resistencia cultural ante la homofobia y el conservadurismo en el Caribe. Por lo tanto, las tres investigadoras coinciden en que estas narraciones escriben una historia “a contrapelo” –haciendo uso de la propuesta de Walter Benjamin– mediante la afirmación de la memoria negra.

La tercera parte del libro desplaza su objeto de la narrativa hacia la poesía y se centra en la configuración de paisajes no desde una visión eurocentrista sino caribeña. Claudia Caisso retoma los debates teóricos y literarios del poeta barbadense Kamau Brathwaite, en especial, su afirmación sobre la poesía como un lenguaje que permite traducir mejor la cosmovisión local, dejada de lado por la literatura británica y la historiografía. Por ello, su obra poética tiene como fin contaminar el inglés con formas propias del habla antillana así como habitar los espacios dominados por el amo blanco. De allí que se destaquen dos conceptos de Brathwaite –“pensamiento alter/nativo” y “marealética”–, en tanto fomentan el abordaje de la historia como movimiento cíclico, en oposición a la concepción hegeliana de historia lineal, y como narración de las voces marginadas de la cultura local. La relación entre espacio y poesía en el primer poemario de la guyanesa Grace Nichols es analizado por Azucena Galettini. En este texto, se desarrolla una “escritura topográfica”, denominación propuesta por la autora argentina que consiste en crear el paisaje a partir del trabajo con la lengua en vez de estudiarlo como tema del poema. Además, se detiene en la transformación de los lugares comunes del paisaje caribeño al devolverles la visión de la mujer esclava. La recuperación de la mirada también es abordada por María Griselda Riottini, quien se detiene en el uso de la écfrasis en dos obras de Derek Walcott, *Tiepolo's Hound* (2000) y *White Egrets* (2010). Este procedimiento permite crear nuevas imágenes del Caribe que devuelven a los antillanos su condición de sujetos observadores, derribando la condena de ser objetos observados.

Un rasgo fundamental de la literatura francófona y anglófona del Caribe es que sus textos suelen verse afectados por una heterogeneidad lingüística, es decir, por tensiones entre la lengua del conquistador y la materna. Por este motivo, el problema de la co-presencia de lenguas apare-

ce en la mayoría de los trabajos incluidos en este volumen. Francisco Aiello propone una lectura significativa sobre esta cuestión en tanto lleva a cabo un riguroso análisis textual de *Solibo Magnifique* (1988) de Patrick Chamoiseau para observar las estrategias empleadas por el escritor martiniqueño a fin de traducir la palabra oral a la escritura —como la desestabilización de la sintaxis y la ortografía, el montaje de géneros discursivos, la fractura de la linealidad temporal, entre otras—. Según Aiello, el texto literario, a través de este trabajo con la lengua, busca reivindicar la tradición oral e incorporar su riqueza cultural en un proyecto de escritura comprometido con la restauración de la unidad antillana. Mónica María del Valle Indárraga también investiga las complejidades de la traducción lingüística y cultural en el Caribe. En su caso, revisa cómo afectan las ideas racializadas sobre el vudú a la hora de traducir obras de las Antillas. La dificultad no radica en la búsqueda de equivalencias lingüísticas sino en el riesgo de universalizar las diversidades propias de la cosmovisión afrocaribeña. Finalmente, convoca a realizar un proyecto editorial que incluya nuevas traducciones del vudú a fin de desdemonizar esta cultura.

Por otro lado, en la misma parte dedicada a las “traducciones etnográficas”, Florencia Viterbo analiza dos novelas regionalistas poco estudiadas de Jacques Roumain, *Les Fantoche* (1931) y *La montagne ensorcelée* (1931), desde enfoques tanto caribeños como latinoamericanos. Cruza las reflexiones de Jean Price Mars con los estudios sobre el indigenismo peruano de José Carlos Mariátegui y Cornejo Polar. A la luz de este marco teórico, concluye que dichos textos son pensados como armas de combate contra la dominación y la dependencia en América Latina. Además, analiza el realismo decimonónico como funcional para estos escritores en tanto les permite construir imágenes de la región con detalles. En el caso de Roumain, esta estética contribuye a la hora de

retratar un paisaje contaminado por la sequía, como alegoría de la pobreza y la carencia de unidad socialista.

La entrevista a la escritora jamaicana Opal Palmer Adisa realizada por María Alejandra Olivares en agosto de 2015 da cierre a *Las islas afortunadas*. Luego de una detallada explicación de su trayectoria y obra, Palmer explica los significados de sus nombres. Cuenta que “Adisa” ha sido elegido personalmente para homenajear el legado africano robado por la esclavitud. Desde este gesto que hace la escritora jamaicana de volver a nombrarse a sí misma, podemos pensar las literaturas antillanas, pues reinventan su lenguaje para darle voz a lo que no ha sido dicho. En efecto, los estudios incluidos en *Las islas afortunadas* ponen de manifiesto obras poéticas, narrativas y ensayísticas que recuperan las voces de la memoria negra y así, colisionan con los relatos eurocéntricos sobre la literatura y la cultura antillana. De este modo, los investigadores ofrecen un valioso aporte a los estudios sobre una zona poco trabajada por la crítica latinoamericana, el Caribe anglófono y francófono, en tanto refuerzan los proyectos políticos de los escritores al devolverles a las islas esos otros nombres que les han arrebatado, intentando transformar su desgracia en suerte favorable.